

Palabras del Excmo. Señor D. Manuel Ramírez Jiménez

A Francisco Murillo Ferrol, maestro en el camino de la ciencia y generosa guía en los vericuetos de mi vida. Y a Carmen, Memé y Francisco

Había yo mirado el reloj y eran casi las nueve y media de la noche. Ahora estábamos los dos en la puerta de su casa esperando la llegada del ascensor. Mi cuerpo, sin saber bien la causa, temblaba ligeramente. No sabía cómo finalizar una visita que, ignoro el por qué, no se había parecido a las habituales que hacía a mi maestro, Francisco Murillo, cada vez que iba a Madrid. Algo me llevó a presentir que iba a ser la última vez que le vería vivo. Me había saludado aquella tarde de forma no habitual: «yo estoy muy malo, Manolo». Al principio pensé que era una forma elegante de insinuar que fuera breve. Nunca me había dicho esas palabras, sino otras con las que, con cierta habilidad, conseguía no entrar en el tema: «pues ya ves» o «cómo quieres que esté». En esta ocasión advertí que tenía ganas de «sacar fuera» algo que no podía controlar. Carmen, su mujer, y Memé, su hija, habían estado ausentes, por lo que yo carecía de cualquier otro testimonio. Confieso ahora que quizá se había tratado de una ausencia preparada para dejarnos solos y no comprometerse diciendo esto o aquello.

Cuando el ascensor hizo su aparición musité algo como despedida: «¡mucho ánimo, D. Francisco, y ya sabe usted que, para lo que quiera, no tiene más que coger el teléfono y en un periquete estoy aquí: ahora Zaragoza cae muy

cerca!». Su escueta respuesta: «muchas gracias, hijo». Y, sin pensarlo un segundo, un impulso repentino me llevó a cogerle ambas manos y dejarle un beso en ellas. «Anda, anda que te espera el taxi». Tampoco pude contener algunas lágrimas mientras, ya en soledad, llegaba a la puerta de la calle. Me pregunté en silencio si a él no se le habría escapado alguna lágrima. Creo que no. Nunca le había visto llorar. Sabía, como nadie, contener los gozos y los llantos. De aquí su apariencia de permanente frialdad y hasta, con frecuencia, su rostro impenetrable. Y digo que nunca le vi llorar porque así ocurrió incluso en la muerte de su padre, al que admiraba. Me había contado, en horas de amistad, cómo su padre, para ir a atender como médico a los pueblos cercanos a Granada, todavía tenía que hacerlo montado en burro.

Por desgracia, mi presagio se cumplió.

Ahora ya no estás aquí, a nuestro lado. Aunque lo estarás siempre en el recuerdo y en el cariño. También en la referencia. Esto es muy importante para mí y para muchos otros que podremos siempre repetir que hemos sido discípulos tuyos. La referencia. Para todos quienes te hayan conocido es una altísima garantía de seriedad y bien hacer. Y eso no hay quien lo borre.

Estarás por las alturas. Por donde el Dios en que sí creías (a pesar de tu original autodefinición de no creyente, pero practicante) coloque a los sabios que, además, han sido hombres buenos en su paso por este «valle de lágrimas». En gran parte, en tu propia concepción del entorno, eso ha sido para ti lo que te ofrecía la actual vida española. La que te hacía a la fuerza ser pesimista y en la que, según tus propias palabras, cada uno tenía el derecho y la necesidad de evadirse como podía. De agarrarse a lo que fuera para «seguir tirando». Esto es algo parecido a lo que Unamuno definiera en tan certera sentencia: «No sólo da su vida por la Patria el que se deja matar por ella; la da también el que por ella se deja vivir». Por eso siempre hablabas del mar y las montañas como refugios que no fallan. Que siempre están ahí, precisamente porque pueden permanecer ajenos a la mano del hombre. Recuerdo cuando decías que querías ser farero. Algunos se lo tomaban a broma. Yo lo entendí siempre. ¡Es tan difícil vivir en este hermoso país llamado España siendo y sintiendo su devenir! Sin duda algo reservado a los seres pensantes y también algo inexistente en la gran masa de estólidos.

Aunque no hicieras alarde de ello, querido maestro a ti también te dolía España. Es algo de lo que resulta imposible huir sin amputar lo que se sabe y sin barruntar lo incierto del futuro. Y como todos los sabios tú sabías, barruntabas e incluso vivías ya lo que todavía no había ocurrido. Ahí estaba tu sabiduría.

ría. Que se elevaba por encima del Derecho o de la Ciencia Política. Para ti la política ha sido siempre una actividad subalterna. Aquí y en todas partes. Recuerdo, como si fuera ayer, cuando un día te hablé de la posibilidad de ser Embajador en la Santa Sede, menester que me parecía entonces bastante cómodo. De inmediato me aclaraste: «Sí, pero embajador de Suecia». Y es que lo de ser español cuesta. Y duele. Y hace sufrir. Y dijeras lo que dijeras, siempre has llevado a España contigo. Incluso cuando jugabas a que así no fuera y confesabas que lo que más te gustaba tener entre las manos no era éste o aquél periódico por su línea o por su tendencia: ¡era *La Vanguardia* porque contenía los mejores crucigramas! Y la mejor caricia que hacías supongo que estaba reservada a tu coqueto perro Sultán en grata compensación a su ciega fidelidad y a que nunca te hablaba de políticos o trepadores, ni de colegas que se estaban haciendo ricos sin dar una clase. Sí. Muchos de ellos se habían desvivido por acudir prestos a la Punta de la Mona, allá casi perdido rincón en la playa de Almuñécar. ¡Eras el más frecuente miembro en los Tribunales de Sociología! A ninguno de ellos vi el día en que quemaban tus restos. Así era y sigue siendo España, querido maestro. Y tú bien lo sabías.

En los últimos años, tus dos más fieles interlocutores se habían alejado. Uno, el siempre escéptico Nicolás Ramiro, para siempre. Otro, tu gran amigo y casi familia desde los tiempos de Granada, Juan Antonio Carrillo, por haberse trasladado a Sevilla. Te quedaban otros muchos, pero ya con gran distancia en la edad y, sobre todo, en la forma de ser o pensar. Como no solías practicar eso que absurdamente llamamos «vida social» y como las largas parrafadas telefónicas tampoco te iban mucho, salvo con tu hermano Narciso, hablar gozosa y tranquilamente con tu persona suponía, casi necesariamente, hacerte una visita en tu última casa, situada, en decir de tu tierra, «allá donde Cristo perdió el gorro».

La pérdida de Nicolás supuso para ti la más descarnada ausencia de tus años madrileños. Se iba otro sabio que también presumía de ágrafo y que sí lo era. En tu caso constituía únicamente un latiguillo del que te servías cucamente, como es posible comprobar repasando las muchas buenas disquisiciones salidas de tu pluma. O de tu lapicero, tu fiel amigo heredero de los años del «sacapuntas de la cátedra» en la tierra del chavico. Con el Nicolás envejecido por «muchas puñeterías», como tú dirías, y sobre todo, por el estudio en soledad, te entendías de inmediato. Ambos subíais, desde la primera palabra, la calidad del tema a tratar. Y ambos siempre distantes de las mediocridades al uso. Con eso, con lo estólido y lo mediocre no podíais ninguno de los dos. Si uno hablaba del marxismo de catón, el otro sostenía lo de la panmediocridad que sufrimos. Y debes reconocer, ahí en la distancia, que el regreso de Juan Antonio a Sevilla no lo entendiste nunca. Creo

que no se enfadará si le llamo «tu primer discípulo». Te admiraba, te comprendía y hasta te quería y respetaba en lo que de ti resulta difícil entender. Que no era poco. Dos huecos insustituibles en los años finales de tu diario sufrimiento. Eso sí: te quedó siempre y hasta más allá del final, la insobornable y gratuita lealtad de ese gran alma que es Miguel Beltrán.

* * *

Había sonado el teléfono en mi casa de Zaragoza. Lo peor acababa de ocurrir. Dejé pasar unas horas de la noche envuelto entre dudas y lágrimas. Es muy posible, querido maestro, que la lágrima sea algo que Dios nos regala. Por eso no hay que escatimar su uso en la tristeza, ni en la alegría.

Bien temprano salí para Madrid en mi habitual taxi. El conductor sabía el sentido del viaje y apretó lo suyo. Tras algunas vueltas y preguntas, llegamos al crematorio. A ti todavía no te habían traído. En pocos minutos sonó la voz de Miguel Beltrán. No podía ser otra. Tenía que ser la de ese fiel escudero en la vida, con el que casi a diario me comunicaba la evolución de tu atardecer, quien quisiera serlo también de un Francisco Murillo ya fallecido. ¡Son ellos! Fueron las palabras que a todos nos acercó.

Me quedé al final de tan triste lugar. Un sacerdote dijo algunas palabras que en nada me interesaban. Yo veía pasar por mi mente, muy rápidamente, como queriendo competir entre ellas, escenas de mi vida junto al maestro. Una tras otra: nuestro común viaje a Munich disimulando el miedo que entonces tenía a los aviones, el viaje colectivo en un autobús que organizó para asistir a la votación en las oposiciones en que obtuve la cátedra y los bocadillos que tomamos al regreso en un bar de la carretera, su contagiosa alegría al regresar de una estancia en Columbia University y animarme con insistencia a hacer lo mismo, la «mentirilla» que entre ambos echamos al temible general Gotarredona para que yo pudiera estar en Granada haciendo mi tesis, lo que disfrutaba cuando subíamos a Sierra Nevada en las primeras horas del día, antes de su diaria clase de las diez, su entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas que abrió sus puertas a muchos martes de gozo para él, sus palabras de amistad cuando falleció mi padre. Sus infalibles invitaciones en su casa granadina cuando había corridas de toros o cuando cerraban el Colegio Mayor en que yo habitaba. La compañía que solía pedirme para ver películas sobre la Segunda Guerra Mundial a la que era tan apasionado. Sus narraciones sobre el cainismo granadino en los años bélicos. ¡Tantas y tantas cosas más! Desde nada menos que en el año 1962 en que me acogió como discípulo en la entonces prestigiosa Universidad de Granada.

Al terminar el sacerdote se unieron las cortinas que nos privaban para siempre de la visión del maestro. Salimos del lugar. Casi todavía con mis recuerdos, que no desaparecerán nunca, Juan Antonio Carrillo me dio un fuerte abrazo. Y yo miré al cielo y, por el bello azul que mostraba, comprendí la bienvenida que se estaba tributando a un sabio profesor que acababa de llegar.